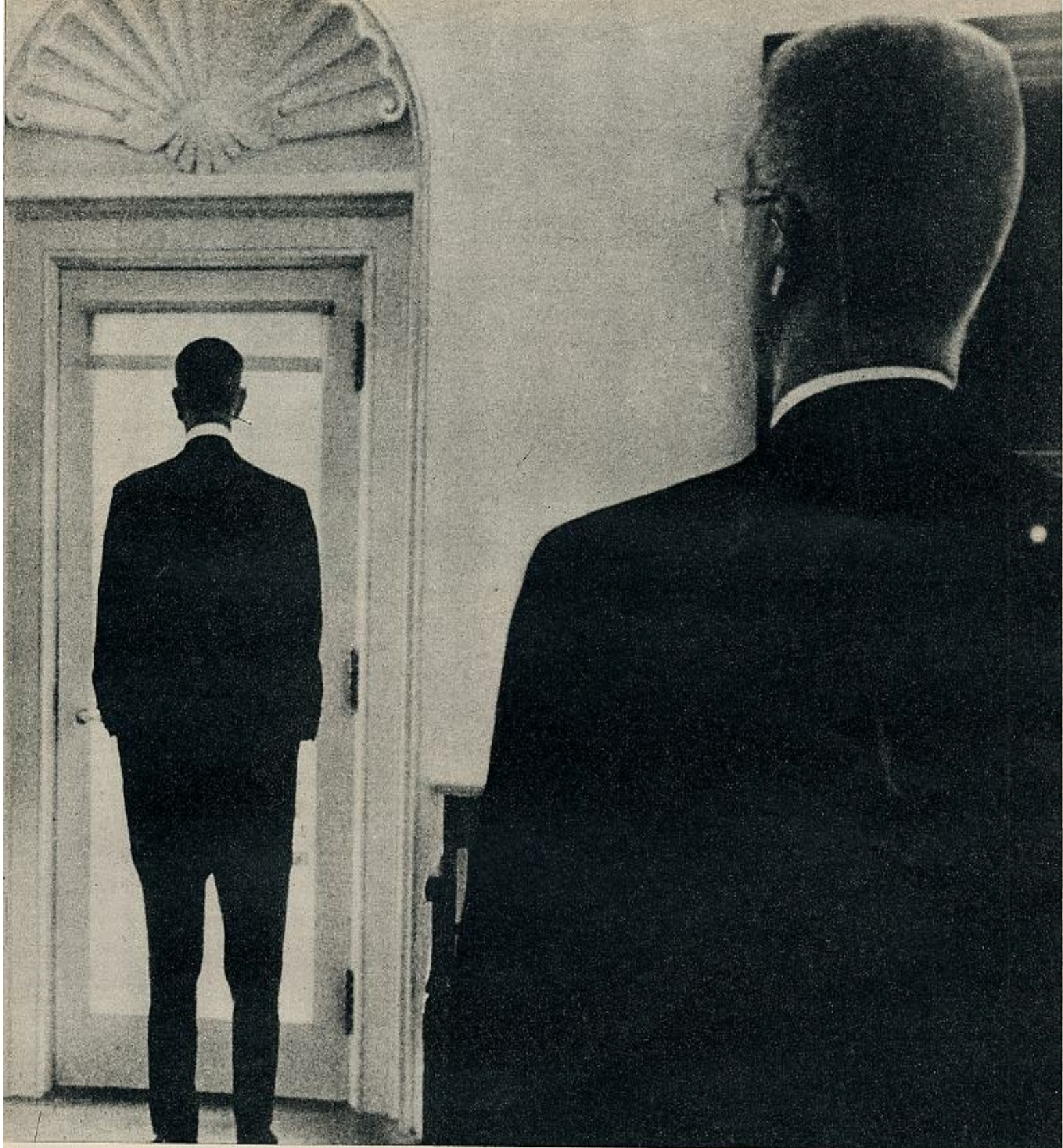




# FAREWELL JOHNSON

**D**ESPUES de cinco años la Casa Blanca ha cambiado de inquilino. Lyndon Baynes Johnson, el tejano que llegó a ella gracias al asesinato de Kennedy, deja su sitio a Richard Nixon, que hace el número treinta y siete de los presidentes norteamericanos. El hombre de la escalada acaba su vida política sin resolver la guerra vietnamita ni llegar a su gigantesco país aquella «Great Society» que le sirvió de plataforma electoral. Durante su mandato, los Estados Unidos crecieron en número de habitantes y aumentó también la renta nacional, pero las tensiones internas se plantearon en sus últimos extremos y el líder de los negros no violentos y el de los demócratas reformistas cayeron bajo las balas. Johnson, que mandó la nación cuando acaso ésta hizo notar más su poder en el mundo, no fue capaz a última hora de mantener siquiera la unidad en su propio partido y tuvo que anunciar, siete meses antes de las elecciones,





su retirada de la política. Este gesto del 31 de marzo —un gesto forzado por las circunstancias— es, sin embargo, el más sincero de una larga carrera de político de segunda fila, de maniobrero del Congreso, de vicepresidente coyuntural, primero, y, luego, presidente por el no aclarado crimen de Dallas... Rival de un Goldwater, que le brindó en bandeja las elecciones de 1964 con su política apocalíptica, Johnson acabó por ser «el discípulo de Goldwater». Lyndon Baynes Johnson inicia ahora el camino de la autojustificación. Quizá en su rancho de Pedernales escriba unas «Memorias» para ello. Ya tiene una frase para empezar: «Se dirá de nosotros lo que se quiera, pero lo que no se podrá decir es que no hemos luchado por nuestros programas». Así habló L. B. J. en el banquete de despedida que le ofrecieron los demócratas de Nueva York. Un banquete que fue como un funeral de primera. ■ Fotos: Coprensa.

